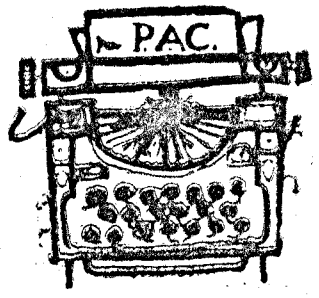


escrito a máquina

Diálogo otra vez sobre el tema La "Nueva Ola"



—En su escrito del domingo sobre "La Nueva Ola", algunos han comentado que Ud., al analizar las corrientes de derecha y de izquierda de Hispanoamérica, toma partido, decididamente por la izquierda.

—Dicho así, parece que estoy abandonando una posición para colocarme en otra. El problema para un intelectual cristiano es más complejo. Los fariseos le preguntaron a Cristo: "Por qué tus discípulos no se atienen a la tradición de los antiguos?". ¿Y qué contestó Cristo? Contestó con una pregunta: "Y por qué vosotros cambiáis el mandato de Dios en vuestras tradiciones? Es decir: el cristiano debe ser fiel "al mandato de Dios", debe ser fiel al Hombre, a lo humano, y abandonar una tradición cuando esa tradición se estanca o se desvía contra Dios y contra el hombre.

—La derecha ya no es cristiana?

—Para mí la pregunta interesante no es esa. Sino: ¿Es capaz la derecha de producir al hombre cristiano futuro? Un hombre de derecha puede ser cristiano ahora, mejor dicho, debatirse de buena fe por ser cristiano hoy a pesar de estar inserto en unas estructuras que no le permiten desarrollar un cristianismo. Ese es un problema de conciencia que puede interesarle a un confesor. A un intelectual cristiano, a un poeta cristiano lo que le preocupa es la creación del futuro. Lo que me interesa a mí es la nueva América, la nueva Nicaragua y éstas no las producirán las fuerzas que resisten a cambiar, sino las fuerzas que aceptan el sentido de la historia y se lanzan a la corriente de la historia, a HACER historia.

—¿Usted cree que "la nueva ola" es la que marca el futuro?

—Quizás si nos apartáramos del punto de vista político y socio-económico —punto de vista que compromete intereses y levanta prejuicios— veríamos más claro. No miremos el campo de batalla político-social de América, demasiado convulso, demasiado oculto y tergiversado por la propaganda de ambos lados. Observemos un fenómeno más cercano y que no está teñido de ideologías ni de pasiones: La nueva ola de accidentes. Observemos cómo ha crecido y sigue creciendo en una medida monstruosa el índice de muertes violentas y de destrucción del cuerpo humano producido por la irrupción de la locomoción mecánica y por la velocidad.

—¿Qué tiene que ver esto con lo otro?

—Vamos por partes. Hasta ayer, el hombre del pasado —que todavía lo somos nosotros, nacidos en un periodo de transición— nunca transgredió la medida orgánica de su cuerpo humano: sus habitaciones, sus embarcaciones a vela o a motor lento, su locomoción a caballo o en carruajes, "eran formas que podía aún abarcar y vencer" con sus propios órganos. Todo estaba, más o menos, dentro de las medidas de su control directamente humano. Todo el mundo del hombre, para decirlo simbólicamente, estaba hecho a mano. Pues bien, esa medida humana del mundo se ha roto en nuestro siglo. El ejemplo de los accidentes de tráfico es sólo un estrecho aspecto del cambio y del proceso de adaptación del hombre a ese cambio. El hombre todavía sigue, en muchos órdenes, aplicando sus formas de vida y de conducta de un mundo anterior —hecho a mano— a un mundo distinto, que lo sobrepasa y que lo descontrola. El hombre que guía un automóvil, por ejemplo, sigue conduciendo como si montara un caballo; aún no ha acabado de asimilar, orgánicamente, la velocidad; aún no ha insertado en su conciencia social la responsabilidad colectiva, responsabilidad que tendrá que imponer —en el hombre futuro— el nuevo tipo de locomoción multitudinaria y superveloz. El cambio obliga a abandonar una tradición para ser fiel, ya no diga-

mos al mandato de Dios, sino simplemente a las exigencias de lo humano. En el caso de los accidentes, la derecha sería el rico que, conduciendo su automóvil, se obstinara en manejar a su capricho, confiando en su propia responsabilidad moral. Pero esa responsabilidad moral individual ya no puede, humanamente, guiar la conducta en un tráfico sobrehumano por numeroso y superveloz. Se tiene que adquirir otro tipo de responsabilidad: el colectivo. El hombre tiene que "socializar" su conducta.

—Es decir, se impone el derecho de los demás sobre el derecho individual.

—Naturalmente! pero eso sería obvio. En toda sociedad, desde los tiempos más primitivos, se tiende a que el bien común prevalezca sobre el bien propio, o la sociedad desaparece o se rebela. Lo que quería hacerle ver es que el dueño del automóvil apela a una moral "establecida". Apela —para hacerle honor— a la moral del caballero, del hombre a caballo, pero es un hombre en automóvil. O sea, lo que quiero subrayar, en otras palabras, es que una moral de caballero puede convertirse en inmoralidad delincuente al cambiar la situación.

—Comprendo. El hombre está pagando con un enorme saldo de vidas el no haber adaptado todavía su sentido de responsabilidad al tremendo cambio operado por la técnica en sus formas de vida social.

—Exacto. Al ver usted cómo los hombres están muriendo como moscas comprende, sin prejuicios, que no puede subsistir por ejemplo, una tradición colonial en el tráfico —una tradición de despreocupación y "real gana"— cuando las condiciones de ese tráfico han variado totalmente. Tampoco se extraña si al planificarse la ciudad se coloca la zona fabril —que infecta el ambiente— alejada de la zona residencial, ni se extrañaría mañana si se prohibieran ciertos tipos de motores y ciertos tipos de combustión porque están envenenando las ciudades del hombre. No diría usted que eso disminuye la libertad del hombre. Entonces —y a esto quería llegar— por qué en el aspecto socio-económico, cuando palpamos los efectos de sus viejas estructuras produciendo inmensas mayorías marginadas, abocadas al hambre y viviendo en circunstancias infrahumanas, consideramos subversivo o escandaloso el cambio? ¿Puede un cristiano atenerse en esta materia —como querían los fariseos— "a la tradición de los antiguos?"

—Entiendo. Al cristiano le corresponde suscitar una responsabilidad social nueva.

—Y lo mismo pasa con respecto a la política. La comunidad nacional ya no es como antes que podía en sus crisis subsistir a retazos, y cada quien podía comer por lo menos frijoles, bajo techo, cuando venía un desastre, porque todo estaba espaciado, porque el mundo era ancho para su población y las formas de producción, de trato y de vida más familiares y fáciles. La comunidad ahora está estrechamente vinculada. No solamente una catástrofe, sino una simple mala administración, trae como consecuencias desempleo, hambre, miseria en extensos sectores.

La vida necesita brotar ahora comercialmente solidaria o resulta una incontrolable explotación. Cada vez más todos dependemos de todos. ¿Puede, entonces, seguir subsistiendo el viejo tipo de política, partidista, oligárquica, que mira con criterio feudal la creciente masa de los no privilegiados? ¿Puede el intelectual cristiano —encargado de alentar el nacimiento del "hombre nuevo"— esperar algo de ese pasado que sólo subsiste por la inercia de ciertas fuerzas y por la presión de fuerzas extrañas?

El cristiano debe estar allí donde puede nacer la Justicia y la liberación del hombre.